

David Martínez Vilches
*Hijos del siglo. Valores sociales y trayectorias biográficas
masculinas en la España del siglo XIX (1830-1890)*
Raquel Sánchez (coord.)
Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo, C-1, 2024, 293-297
<https://doi.org/10.55422/bbmp/996>

***HIJOS DEL SIGLO. VALORES SOCIALES
Y TRAYECTORIAS BIOGRÁFICAS
MASCULINAS EN LA ESPAÑA DEL
SIGLO XIX (1830-1890). RAQUEL
SÁNCHEZ (COORD.) ZARAGOZA:
PRENSAS UNIVERSITARIAS DE
ZARAGOZA. 2024.***

David MARTÍNEZ VILCHES
Universidad Complutense de Madrid
ORCID: 0000-0002-5157-2880

Este trabajo, coordinado por la profesora Raquel Sánchez (Universidad Complutense de Madrid), aborda una de las cuestiones que están en el candilero de la actividad historiográfica actual: la masculinidad –o masculinidades– en la España del siglo XIX. Esta identidad, que deriva de una cuestión natural como es la diferenciación sexual, fue atravesada por la multiplicidad de mutaciones que experimentó la sociedad española, al igual que la europea, y que hacen de esta centuria –tomando prestado el título de la conocida obra de Jürgen Osterhammel– un periodo de «transformación del mundo». A título de ejemplo, y muy presentes a lo largo de las páginas del libro, podemos mencionar: la construcción del Estado y la nación liberales, con la creación de sistemas políticos representativos; el derrumbe de las antiguas jerarquías estamentales y el avance del capitalismo moderno, con la génesis de una sociedad abierta; o los procesos de secularización de las sociedades, contestados a su vez por iniciativas surgidas desde las diferentes confesiones para recomponer su posición en el mundo moderno. Estas grandes cuestiones –a las que se podría añadir algunas otras que también aparecen en la obra– contextualizan no solo la construcción de un modelo de masculinidad respetable,

configurado por un amplio abanico de valores sociales y morales, sino también su experiencia concreta, en la aceptación, negociación o disputa de esos valores en momentos determinados. Los sucesivos capítulos de la obra que nos ocupa examinan ese proceso en una docena de trayectorias individuales que podríamos considerar representativas de la historia de España en el siglo XIX.

El libro se divide en cinco bloques temáticos, que se corresponden con algunas de las cuestiones centrales que estructuraron la sociedad surgida del ciclo revolucionario liberal y en la que se fraguó ese modelo de masculinidad respetable. La primera parte, «Sueños de poder», se dedica al papel que tuvo el liderazgo como elemento conformador de la identidad masculina, y en cómo ese liderazgo fue construido performativamente y experimentado por dos figuras señeras: Juan Prim y Manuel Iradier. Del Conde de Reus se encarga Diego Cameno, que señala cómo la ambición del militar catalán le abrió las puertas al ascenso social en los terrenos militar y político. Por su parte, Diana Arbaiza analiza la obra que escribió el explorador español en 1887, titulada *África*, que refleja una «masculinidad colonizadora» en la que interaccionan dialécticamente los valores imperialistas que asumió Iradier y la realidad más prosaica de una España en declive en el ámbito internacional.

El segundo bloque, «Caballeros respetables», se compone de dos capítulos que constituyen una revisión de la teórica separación de esferas pública y privada en la sociedad y la política del siglo XIX. Eduardo Higuera pone de relieve la centralidad de la *virtus* romana en el imaginario del liberalismo radical, que personificó Manuel Ruiz Zorrilla y que se materializó en su finca soriana, la Dehesa de Tablada, un espacio dedicado a la vida honesta y al desarrollo de la agricultura en pro de la utilidad pública para sus correligionarios; pero también una muestra de la rusticidad de su propietario para sus rivales. Margarita Barral examina cómo el equilibrio entre la autoridad pública y la domesticidad fue determinante en la identidad masculina liberal, haciendo del espacio doméstico un lugar de escenificación y legitimación de la posición social, como ocurrió con el Pazo de Lourizán en el caso de Eugenio Montero Ríos

En «Reacción moral, progreso material», tercera parte temática de la obra, se analiza la experiencia, no únivoca sino plural,

de esos polos de progreso y reacción que tensionaron la sociedad del Ochocientos. Raquel Gutiérrez Sebastián se encarga de las estrategias de autorrepresentación que desarrolló el escritor carlista José María de Pereda, en el que, paradójicamente, se confrontan los valores de hidalguía, patriarcalismo y tradición que reivindicó para sí con una realidad menos monolítica como burgués y empresario acostumbrado a los lujos de la vida moderna. Víctor M. Núñez-García y Elena Santainés-Borredá abordan la figura del médico Federico Rubio en su acción política y actividad profesional, concluyendo que representó un nuevo modelo de masculinidad para el médico y el hombre de ciencia, que pivotaba en la identidad profesional y su autoridad experta. Finalmente, David San Narciso analiza las estrategias de legitimación del *self-mae man* a través del banquero y empresario José de Salamanca, que desplegó un discurso basado en la perseverancia, el patriotismo, la caridad y la modernidad; así como una serie de prácticas –desde el mecenazgo a su vinculación con distintos espacios de sociabilidad– que suponen una redefinición del concepto de élite mediante la aproximación, pero también la diferenciación, respecto a la aristocracia tradicional.

El cuarto bloque temático, «El poder de las creencias», se dedica al papel que jugó la fe en la construcción y experiencia de las identidades masculinas, en un contexto en el que los procesos de secularización estaban en marcha, pero la Iglesia seguía teniendo poder y presencia en la sociedad y la religión católica seguía siendo la moral social de la mayoría de españoles. María Cruz Romeo se lanza al debate historiográfico en torno a la masculinidad clerical, poniendo en solfa la identificación –característica de la diferenciación de géneros del liberalismo– entre masculinidad católica y sensibilidad femenina; la figura de Saturnino López Novoa, canónigo que desarrolló una amplia labor apologética en la segunda mitad del siglo XIX, refleja cómo los intentos de recatolización de la sociedad venían acompañados de un conjunto de valores fundamentalmente masculinos –caridad, sacrificio, martirio, paternidad– que debían ser vividos no solamente en la esfera privada, sino muy especialmente en la esfera pública. Por otro lado, Ángeles Lario examina la compleja relación entre Alfonso XII y la fe, pues el rey mantuvo unas creencias religiosas atípicas para una monarquía que seguía tildándose de católica, si bien cumplió

con todos los formalismos exigidos por la simbiosis cultural que unía religión, Estado, nación y corona.

Finalmente, la última parte del libro, «El mundo de los afectos», está compuesta por tres capítulos que dan buena cuenta de cómo la masculinidad respetable del liberalismo triunfante en el siglo XIX heredaba los presupuestos de la educación sentimental ilustrada de la centuria anterior. Aitor Alaña subraya que la paternidad constituyó uno de los pilares de la respetabilidad masculina, especialmente en el caso de la aristocracia, como ocurrió con el duque de Sesto, José Osorio y Silva, quien, si bien no llegó a tener descendencia biológica, ejerció una paternidad «subrogada» sobre una docena de personas como resultado de diversos avatares de su trayectoria personal y familiar. En estrecha relación con esa importancia de la relación paterno-filial en la vivencia de la masculinidad, Raquel Sánchez estudia las cartas que el pintor José de Madrazo escribió a su hijo Federico durante la primera estancia de este en París durante 1833, en las que se hace patente la penetración de la cultura de los afectos en la configuración familiar, con la preocupación derivada del bienestar físico, moral y profesional por los hijos. Cierra la obra el estudio de Isabel Burdiel, que aborda la figura de Juan Varela, escritor que reflejó en su obra y su vida las múltiples ambivalencias de la relación entre sexos – fruto de las contradicciones entre la educación sentimental y la realidad– en la que, más allá de los roles de sexo y género, se entrecruzaban otras muchas identidades de clase, nacionales y de raza que articularon y contextualizaron la interacción entre hombres y mujeres.

El libro ofrece una visión panorámica y plural, pero coherente en su lógica interna, de un puñado de individuos a través de los que es posible comprender la configuración histórica de las muchas formas de *ser hombre* en la España del Ochocientos en discursos, prácticas y experiencias. Además de por el caudal de datos que vierten los autores y la actualidad de sus planteamientos, el interés de esta obra estriba en que esta aproximación en la que interactúan valores sociales y trayectorias biográficas constituye una necesaria reflexión sobre una serie de cuestiones metodológicas que está afrontando actualmente la historiografía. La realidad de los personajes históricos, observada de cerca, nos conduce a

reconsiderar la diferenciación entre esferas privada y pública –en su dimensión espacial y cultural– y el papel que desempeñan aspectos clave que transitan entre una y otra, como la familiaridad, la domesticidad y la cultura de los afectos. Asimismo, experiencias individuales como las que se abordan en el libro complejizan la visión de la dualidad de tradición y progreso que vivió la sociedad del siglo XIX, en España como en el resto de Europa, y que trasciende la suma cero de avances y persistencias con la que muchas veces se ventila la cuestión, para descubrir cómo los individuos, en su acción y subjetividad, participaban de los procesos de modernización o de resistencia ante las transformaciones, de manera no unívoca y hasta contradictoria a veces. Por último, como varios de los autores ponen de relieve, el estudio de las identidades debe partir de una adecuada contextualización y crítica de las fuentes disponibles –desde la prensa y la literatura hasta la correspondencia privada y los *egodocumentos*–, de manera que la interacción de discursos y experiencia vivida arroje luz sobre la manera en que valores morales y sociales son aceptados, negociados y discutidos. Por todo ello, la obra que ha coordinado la profesora Raquel Sánchez es un punto de partida muy solvente para seguir enriqueciendo el conocimiento de la sociedad española del siglo XIX.